



_ 1

Las puertas de la Corte no se habían abierto todavía, pero la cola de solicitantes daba la vuelta al castillo. Los ánimos estaban caldeados, se escuchaba un murmullo de indignación que pronto se convertiría en chillidos.

—¡Hay que ver! Llevan días sin dar palo al agua y ahí siguen, haciéndonos esperar —se quejó una mujer entrada en años y con un nido de cuervos en su enmarañado cabello.

—Yo llevo semanas intentando conseguir los permisos para desacralizar el cementerio familiar y ampliar la casa... no hay manera de conseguir la autorización del altar —añadió un hombre de mediana edad con el ceño fruncido.

—Yo pedí la licencia matrimonial para casarme con mi novio cadáver. No me han hecho lle-

7





gar ni el justificante, y mientras él se pudre bajo tierra —lloriqueó una moza vestida de blanco con una enorme corona funeraria a juego.

Se acumulaban los lamentos en aquella fila de la desesperación. El papeleo nunca es agradable, o fácil, siempre te falta una firma o una pluma de fénix. Si encima la administración decide no atender a nadie durante días, semanas, la cosa se complica mucho.

La gente estaba a punto de amotinarse y asaltar el castillo cuando alguien vio que, por una puerta lateral, entraba una de las funcionarias. Por el ropaje, debía ser oficinista.

—¡Eh, tú! —gritó alguien.

—¿Cuándo vais a trabajar?

—¡No tenéis vergüenza!

Le oficinista parpadeó un par de veces. Solía ser el blanco de la ira de las personas, pero de una en una. Intentó cerrar la puerta tras él, donde la marabunta ya se agolpaba e impedía que consiguiera su objetivo sujetando la puerta, metiendo pies y manos e intentando agarrarle. Se veía muerte, por lo que estuvo tentado de lanzar un hechizo que le diera el tiempo suficiente a huir. Estaba ya apilando el poder en las papilas gustativas cuando el puente levadi-





zo empezó a descender. Le funcionarie aprovechó que la masa enfurecida dirigió su atención al chirriar del rastrillo para escabullirse en el interior, mascullando que no le pagaban lo suficiente. Las antorchas empezaron a prender.

—Lo primero de todo, ¿cómo están les máquinas? —gritó desde el puente el bufón de la Corte. Llevaba un traje de plumas multicolor, una corona de brillantes claramente falsos y un cetro coronado por una enorme, gigantesca bola de cristal—. Siento comunicarles que vamos a sufrir un nuevo retraso. Nada grave, solo estamos acabando de limpiar un par de cosillas sin importancia y ajustando el nuevo sello real.

Por lo que sea, la gente no se tomó bien las noticias. A las antorchas se les unieron centenas, miles de horcas. La cosa pintaba muy mal. Sin embargo, el bufón ni se inmutó, porque lo único que veía era un público entregado. Nunca había actuado para tantas personas, poca gente solía apreciar su arte. Así que aquella revuelta se le antojaba la ocasión perfecta para lucirse.

Golpeó el suelo con el cetro tres veces y la bola empezó a ennegrecerse. Proyectó un grito salvaje y consiguió el primero de sus objetivos: que la gente cerrara el pico.



—¡Buenas gentes de este reino! Haced el puto favor de calmaros y escuchad. Escuchad la historia más apasionante, sangrienta, endemoniada de los últimos tiempos. La historia por la que estáis aquí todes... el motivo para vuestra espera.

—¿Y si no queremos escuchar la mierda de cuento ese? —gritó la señora de los cuervos, que sobrevolaban ya la muchedumbre en busca de los primeros cadáveres.

—Pues tendréis que esperar igual, pero aburridos. Decidme, ¿queréis aburriros? ¿Queréis seguir aquí, bajo un sol abrasador, sin saber el mejor cotilleo de los últimos años en este nuestro reino? —el bufón lanzó una sonrisa que sedujo hasta a las personas de la última fila. Había dicho la palabra con más poder y magia de todos los tiempos: *cotilleo*. Los ánimos se calmaron casi instantáneamente, porque a la gente le gusta más un chisme que cumplimentar el pergamino 576.

Por si las moscas, el bufón decidió que el mejor escenario era cerca del rastrillo. El público entregado podía transformarse rápidamente en un público cabreado, lo sabía bien. Cuando percibió que era el momento, el bufón alzó el





cetroy lanzó la bola al aire, que quedó suspendida a varios metros de altura. Entre las nubes negras de dentro, empezó a perfilarse la imagen de una joven trabajando en un complejo hechizo de aguas.

La voz del bufón se proyectó por toda la explanada con un hechizo que acariciaba la piel de la turba congregada como un jersey de cachemira.

—Esta es la historia de una desgraciada técnica de Incantation Technologies. Hay pasión, hay fugas y prisioneros. Hijes ilegítimos, extraños poderes y, sobre todo, muertes. Muchas muertes con mucha sangre y vísceras y demonios haciendo una peineta. Acompañadnos en esta aventura donde nada es lo que parece —el océano de murmurios enmudeció, lo que el hombre emplumado tomó como la señal que estaba esperando para brillar y ser la estrella protagonista. Inició su cantar sabiéndose ganador.

—Baddo era el hazmerreír de la Corte por el sonido de su magia...

...agia...

...agia...

...agia...







_lb

Baddo era el hazmerreír de la Corte por el sonido de su magia. Aquellas carcajadas que sonaban a rebuzno, tan parecidas a su propia risa, no podían tomarse demasiado en serio. A ella tampoco le hacían gracia. Ninguna. Que su rostro se asemejara al équido no ayudaba. Por suerte, la timidez le impedía reírse demasiado en público y solía utilizar su magia cuando nadie podía escuchar el ruido ligado a ella. Aquello reducía considerablemente las oportunidades de que otras personas se mofaran de ella.

Quizá por ello, su carrera profesional había tomado un rumbo muy concreto y ahora era parte del equipo de Incantation Technologies (IT) de la Corte. Estaba protegida del ojo y





oído ajenos por las gruesas paredes de la mazmorra más profunda del castillo. Puede que no recibiera apenas luz del sol, lo cual suponía una deficiencia de vitamina D y, por tanto, una casi nula serotonina circulando por su cerebro. Puede que el olor a moho no estuviera del todo asociado a la magia de alguno de sus compañeros, sino que procediera de aquella asfixiante humedad. Puede que debiera vestirse con muchísimas, muchísimas capas de ropa para evitar que el frío le calara los huesos porque, ya sabéis, no se debe hacer magia calorífica tan cerca de los servidores de *Æthernet* o puede que pete todo. Pero al menos, ahí nadie se reía de ella. Tampoco la respetaban, pero era un gaje de ser la novata de la unidad.

Baddo lo aceptaba con la gracia con la que se asume la ineludible muerte (excepto para la necromancia, una rama de magia casi extinta y superflua para esta historia, de verdad... no preguntéis. No hace falta. Tampoco os diremos nada. Nuestros deditos y lenguas están sellados y enterrados a varios metros bajo tierra. ¡Que no preguntéis, hemos dicho!).

Pese a todo, le gustaba, le encantaba, trabajar bajo tierra y solventar los problemas en





remoto. *Myy* en remoto. Si tenía que revisar algún objeto mágico en los pisos superiores, lo hacía tras el horario de oficina, que total tampoco nadie la esperaba en casa. Cualquiera cosa para que el roznido fuera algo entre ella y lo que fuera que estuviera arreglando.

Por todo esto que acabamos de listar y alguna cosa más que seguramente explicaremos más adelante, aquella semana pintaba deliciosamente solitaria. Casi toda la Corte estaba en el Congreso de Reinos del Imperio. Solo quedaban ella, de guardia en IT, y un par de oficinistas que mantenían a flote la eficiente burocracia que subyugaba al pueblo con sus absurdos trámites. El resto se había prestado a participar en el Congreso, con la irracional confianza de que podían mejorar las relaciones con la gente de la Corte y, quizá, hasta echar un polvete entre sesiones. Baddo sabía que no era tan descabellado, puesto que el equipo de IT era denostado y admirado a partes iguales: siempre había alguien dispuesto a enrollarse en un armario oscuro a cambio de prioridad en la actualización de runas.

Estaba sola y satisfecha. Había enviado el quinto correo solicitando un Invocado-



re Jurade para su título universitario, había arreglado un lector de chakras que por fin te decía el tipo de magia y no solo los colores que se alineaban con tu aura y estaba en plena revisión de un hechizo de aguas cuya compilación hacía lo que su nombre indicaba cuando le llegó un ticket urgente. A esas alturas de su vida, debería saber que la felicidad es algo que le pasa al resto. Pese a ello, se sorprendió con el sonido de la notificación.

Leyó el aviso, un suspiro preñado de frustración se escapó de entre sus labios.

“Soy Turismundo (él). Mi bola no enciende y no puedo trabajar. Se niega a contactar con el más allá, y tengo a la señora Clotilde (ella) que necesita saber dónde enterró su esposa las monedas de oro”.

“¿Has probado a reiniciarla?”, escribió mecánicamente. La mayoría de los problemas se arreglaban así. O con unos golpecitos que ayudaran a desatascar el flujo de almas en pena de la batería. Volvió a su hechizo, localizando una díscola palabra mal escrita. Solo debía cambiar la B por la V y cualquiera podría activarlo para hacer llover a mares. Otro *ping*.

